

sáicas ocupaciones del labrador, del mercader ó del fabricante. El trono, el cetro, la dominacion pasada le atormentarian de continuo con su recuerdo, y hasta le embargarían el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nacion. Desde este punto de vista, en esta situacion de ánimo es como ellos mismos reprueban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobacion merece. Como el ilustrado escritor Lopez de Mendonça, llaman á su historia, desde 1640 hasta hace poco, un *longo pesadello de duseientos annos*; condenan á D. Juan IV porque vendió á Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tãnger; declaran á D. Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen á D. Juan V, á pesar de fundar el patriarcado, pagando á *peso d'ouro a insaciavel cubica do Papa*, y á pesar de haber edificado á *Mafra, grande monumento material sin pensamento*, Escorial sin San Quintin; y apenas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa, en tiempo del despótico, aunque admirable é inteligente marqués de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones que no diremos que se logren con la futura union; pero sí diremos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contrario, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del

amor de la pátria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugués no puede ser adverso. El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español. Despues de la fatal revolucion de 1640 no renació ese espíritu: ahora es cuando de cierto renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al conde de Ericeira con Herculano, á cualquier poeta gongorino de entónces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? Sólo Vieira, dice el señor Lopes de Mendonça, era entónces un escritor inspirado; pero no recibia aliento inspirador de la pátria, sino del jesuitismo, de aquella poderosa asociacion á que pertenecia.

En el sétimo artículo, que será el último de esta série, diremos cuáles son los medios que, á nuestro ver, se han de ir empleando para aproximarse lenta y seguramente á esta unidad, á esta confederacion, ó por lo ménos, á esta estrecha alianza á que el destino y la condicion natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial é inevitable, el cual crece, no en razon inversa de la vida propia de Portugal, sino en razon directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

## VII.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, se vé con claridad que la union de ambos reinos peninsulares



no puede ni debe hacerse por medios violentos y rápidos, y que por los lentos y pacíficos es harto difícil. La union, sin embargo, conviene é importa mucho al bien y á la futura grandeza de portugueses y españoles. El movimiento que á ella nos trae no nace de postracion ni de decadencia, sino, muy al contrario, de la energía que despliega y del vuelo que levanta, con la prosperidad creciente, el espíritu nacional, ántes apocado y abatido. Léjos, pues, de marchitarse en flor la idea del iberismo, vendrá con el trascurso del tiempo y con el asiduo cultivo á dar el fruto deseado, yendo entretanto arraigándose y tomando vigor en el aumento de poblacion, comercio é industria de uno y otro pueblo de Iberia.

Más, aunque esto se nos niegue, siempre será innegable y evidentísimo, que ni Portugal debe recelar de la union, ni España codiciarla, hasta que llegue el día dichoso en que Portugal mismo, unánimemente persuadido de su conveniencia, la desee y la pida. Y aún así, será menester mirarse en ello. Las naciones suelen ser ligeras y veleidosas, y suelen apetecer hoy lo que detestan mañana. No todas tienen la firmeza que tuvo Aragon en sus propósitos; muchas se parecen á los inquietos napolitanos, que ayer se mostraban ansiosos y enamorados de la union, entregándose sin la menor resistencia á un puñado de aventureros, y hoy se levantan contra ella, como si fuese el yugo más insufrible.

Ejemplo es este de grandísima enseñanza, y que nos debe hacer muy cautos. No hay, pues, que codi-

ciar la union, ni que recelar de ella por ahora. Lo que nos incumbe, lo que nos interesa es prepararla, ó al ménos, propender á una alianza estrechísima, valiéndonos para este fin de cuantos medios estén al alcance de la civilizacion y de la política.

Las vías férreas deben unirnos cuanto ántes, y acortadas así ó casi borradas las distancias, los españoles visitarán á Lisboa, y hasta en la misma decadencia de esta ciudad, tendrán que maravillarse de su magnífica posicion, de su esplendor pasado, y de la magestad régia que conserva todavía, reconociendo que está llamada á ser de nuevo la capital de un imperio vasto y poderoso. El trato entre uno y otro pueblo acabará por disipar las preocupaciones poco amistosas que nos separan, y por estrechar los lazos que nos unen. El vulgo de los portugueses conocerá que no todos los españoles son los humildes gallegos, que acuden á ganar la vida en aquella tierra, donde son tan injustamente menospreciados que una de las palabras más duras de que se puede valer un portugués para injuriar á otro es llamarle *gallego*. Los portugueses ilustrados acabarán por convencerse de que no son los españoles ni más crueles ni más sanguinarios que otro cualquiera pueblo del mundo, en épocas de revolucion y de trastornos, y de que aquí ni se fusila ni se da garrote con más profusion y con menos motivo que se mata en Francia, en Alemania ó en Italia, en idénticas ocasiones. Y tanto los portugueses cuanto los españoles, nos persuadiremos de que, si bien en punto á vanidad nacional y á cierta jactancia nada tenemos



que echarnos en cara, porque unos y otros pecamos en esto, y no poco, todavía no llegan ni aquí ni allí estos innegables defectos hasta el extremo ridículo que cierta malevolencia algo grosera, aunque chistosa, nos induce á creer y nos finge con todos los caracteres de la certidumbre. Por último, las personas acomodadas de ambos reinos, que van ahora con tanta frecuencia á París, tal vez vayan y vengan pronto alternativamente á Madrid y á Lisboa: tal vez logremos ver en nuestros salones, en nuestros teatros, y en nuestros ateneos y *circulos*, á la aristocracia del nacimiento, de la inteligencia y de la riqueza de Portugal, y tal vez muchos de nuestros elegantes y de nuestras damas acudan en verano á las amenas y fértiles orillas de la boca del Tajo, ó á los sombríos y deleitosos bosques y jardines de Cintra y de Colares, en vez de ir á las Provincias Vascongadas, á Biarritz ó á San Ildefonso.

A fin de que el comercio entre España y Portugal sea más activo y provechoso, conviene formar una liga aduanera, para lo cual ha de empezar nuestro gobierno por hacer una reforma de aranceles en el sentido más liberal posible. De este modo, el contrabando de algodones que hace Portugal con España, y que ha sido y es bastante poderoso para crear y sostener casas tan ricas como las de los Sres Orta, Blanco, Roldan y otros, recibirá un golpe de muerte, perdiendo por lo pronto aquel país cuantiosos recursos y ganancias considerables, y aquel Estado mucha parte de sus rentas de aduanas; pero muy luego se recobrará de esta pér-

dida, y en un comercio lícito la compensará y resarcirá con usura. Celebrada la liga aduanera será más fácil la navegación de los rios, hoy paralizada, como la del Duero, á pesar del tratado y merced á un reglamento ridículo, por la desconfianza fiscal, que no consiente la introducción por Oporto de nuestros frutos coloniales. Las fábricas de tejidos y de estampados de algodón que hay en Lisboa, no teniendo ya que pagar la prima del contrabandista, podrán abastecer los mercados del Occidente de España y surtir á precio módico provincias enteras, compitiendo, mejor que ahora compiten por medio del contrabando, con las fábricas de Málaga y Cataluña. El comercio por mar entre ambas naciones se podrá activar y fomentar por medio de convenios para el cabotaje y con la supresión del, no diremos inútil, sino nocivo derecho diferencial de banderas, que excluye á la nuestra de tantos puertos y mares en lugar de favorecer la marina. El comercio de importación de España en Portugal irá también en auge, dando pábulo al de Portugal con Holanda é Inglaterra, para donde exporta las lanas de nuestros ganados. Y por último, Oporto y Lisboa serán el emporio de toda España por el Atlántico, ó al ménos compartirán con Santander, con Vigo y con Cádiz este beneficio, llevándose nuestros cereales y nuestros vinos, las sedas, las resinas, el azafrán y la sosa, y trayéndonos el azúcar, el té y el café de América y de China, y los objetos de arte y de moda, y otros artículos de lujo de Bélgica, de Francia y de la Gran Bretaña.



La semejanza y estrecho parentesco entre los idiomas portugués y español, y la idea común en que se fundan ambas civilizaciones, hacen conveniente el que se declare al cabo que los grados académicos y los títulos de la universidad de Coimbra sean en España valederos, así como en Portugal los de las universidades de España. La historia, las leyes, la literatura, las instituciones de uno y otro país, deben ser en lo futuro mutuamente mejor conocidas, y los clásicos portugueses tan leídos y admirados en España como en Portugal. El editor Rivadeneira debiera incluirlos en su coleccion al lado de los españoles. De otra suerte, no la tendremos por completa. Barboza debiera ser tan consultado como Nicolás Antonio por los eruditos españoles. En vez de cometer *galicismos* debiéramos incurrir en *portuguesismos*, lo cual, más que dar á nuestros escritos un colorido extranjero, les prestaria cierto perfume de castiza sencillez, y de aquella gracia primitiva y de aquel candor que ya tuvo y va perdiendo nuestro idioma. La Real Academia de Ciencias y la de la Historia de Lisboa, que, en poco más de un siglo que llevan de vida, han realizado tan grandes cosas, se han honrado con sábios tan eminentes y han acometido empresas tan colosales, debieran entrar en íntima comunicacion con nuestras Academias. Algunas de estas empresas debieran proseguirse y terminarse de mancomun, como, por ejemplo, la curiosa coleccion de documentos y memorias sobre la historia, religion, usos y costumbres de las naciones bárbaras que ambos pueblos sujetaron, en otras eda-

des, así en el nuevo como en el antiguo continente. Ya en 1795 estaba próximo á darse á la imprenta en Lisboa el primer tomo de esta importante coleccion, que contenia una Memoria sobre la religion de los pueblos de la India, escrita por los jesuitas de Goa, una Historia de Cochinchina, de otro jesuita, y un largo Discurso sobre la nacion de los guaraní, que puebla el Paraguay. Nuestros misioneros, nuestros naturalistas, nuestros viajeros, se completan unos á otros, y todos juntos se puede asegurar que han estudiado los primeros las lenguas, la historia, los usos y las costumbres de los pueblos más apartados, y la flora y la fauna de las más remotas regiones, ántes inexploradas y ocultas.

Asimismo los libros que ahora se escriben en Portugal, y los que en España se escriben, debieran ser recíprocamente más leídos y estimados, con lo cual nos apreciaríamos mejor y habria cierta provechosa emulacion literaria, y un mercado más grande para esta clase de productos, los cuales en ambas naciones y en ambas lenguas tienen desgraciadamente poquísima salida.

En suma, nosotros no pedimos la fusion, ni la union política de ambas naciones, pero anhelamos su amistad: y no queremos ir hácia Portugal para unir con violencia su destino á nuestro destino, sino que deseamos ir, como los novios que van *á vistas*, á fin de conocerse y tratarse y á fin de considerar si les tiene cuenta ó no un enlace medio proyectado. Bien puede ser que les tenga cuenta, bien puede ser que se



enamoren y se casen: más, aunque así no suceda, si ellos son buenos y están dotados de estimables prendas, no podrán menos, con el trato, de llegar á ser, cuando no esposos, íntimos y leales amigos. Esto, y nada más, es lo que nosotros deseamos por ahora: y nada nos lisonjeará tanto cuanto saber que los portugueses sienten y piensan de nosotros lo que nosotros de ellos, en cuya alabanza repetimos con toda sinceridad aquellas palabras de Plinio el jóven á Cornelio Tácito, que el Sr. Freire de Carvalho con razon y sin jactancia alguna aplica á sus compatriotas. «En verdad que reputo afortunados á aquellos hombres, á quienes los dioses por su alta munificencia concedieron, ó practicar acciones dignas de ser escritas, ó escribir obras dignas de ser leídas, y á los que reunen en sí ambas excelencias los reputo afortunadísimos.»

---

### CUENTO SOÑADO.

---

Queremos, lector, que sepas, que nos tienen hartos y aburridos los rígidos moralistas que pululan ahora por donde quiera.

Aunque no nos jactamos de virtuosos, respetamos la virtud; pero no la creemos tan vocinglera y tan espantadiza como la de estos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de algunos; si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agonías del tránsito de la muerte* de Venegas, ni *Los gritos del infierno*, del padre Boneta, serian edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, esa rigidez es sólo aparente. Esa rigidez no tiene otro resultado que la de exaltar los áni-